



22 de noviembre de 1.963

¡Cuarenta años!, recuerdo, mientras hojeo en el periódico algunos datos sobre el señalado aniversario, cómo estaba Maranchón hace justamente cuarenta años, la tarde de Noviembre dejaba poco lugar para el paseo y mucho para la estufa; como dicen por aquí, ¡¡¡tocaban a perdidos!!!!.

Al anochecer, la nieve caída rondaría el medio metro de espesor y la ventisca, tupida y gélida azotaba en el rostro con fuerza impidiendo la visión más allá de un metro de distancia, la carretera desierta, ni un coche, mis huellas desaparecían rápidamente bajo la abundante nevada y los ventisqueros, junto a la carretera, sobrepasaban generosamente el metro de altura.

Viví ese anochecer realizando una larga travesía para recorrer la escasa distancia entre mi casa y el estanco a donde me mandó mi padre a un recado y las circunstancias atmosféricas me obligaron a cambiar mi camino habitual cuando me dirigía a ese comercio, con la noche de perros que hacia había que asegurar la ruta por zonas iluminadas (imaginaos la iluminación callejera de entonces) y por eso elegí la carretera.

Un acontecimiento de importancia mundial grabó en mi memoria tan memorable fecha y es posible que si en vez de elegir la ruta de la carretera, hubiera elegido la habitual, habría pasado totalmente inadvertida para mi recuerdo y os contaré por qué.

Al pasar por la puerta de la taberna del Carraco, donde varios parroquianos combatían el frío trasegando tintorro en medio de una densa atmósfera tabernaria, se filtraba a través de las vidrieras de la puerta, casi opacas por el vaho, una tenue luz que se proyectaba hacia la carretera y hacía distinguibles las siluetas de dos personas paradas en la acera en acti-



El Quénedi

tud de conversación y con manifiesta intención de terminarla cuanto antes dadas las condiciones climatológicas; nunca he sabido quienes eran, iban embozadas en sus tapabocas hasta los ojos, hasta el punto de producirles una cierta distorsión en la voz que sin duda impidió que yo pudiera reconocerlos.

La conversación, breve, pero inolvidable:

- “Ha dicho la televisión que han matao al Quénedi”
- “La televisión no dice más que tontás”
- “No, coño, ques verdá”
- “Bueno, pues ya veremos mañana, que no está la noche pa conversación”
- “Hasta mañana”
- “Hasta mañana”.

Por aquellos días Maranchón había recibido también el impacto de la despoblación originada por el éxodo de sus gentes, que ya desde hace años iban emigrando hacia lugares con economía más próspera y a mi familia le había llegado su turno.

Pocas noches nos quedaban como vecinos de Maranchón, en casa se embalaban los enseres y la familia, como otras tantas familias en aquellas fechas se afanaban en prepararse para la partida; algo más de una semana para zarpar hacia un nuevo mundo.

El 40 aniversario de la muerte de Kennedy me trae a la memoria aquella noche y aquellas amargas y esperanzadoras circunstancias; la noche estaba jodida, ¡tocaban a perdidos!.

M. Atance